



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Sala Pablo VI

Miércoles 8 de septiembre de 2010

Santa Hildegarda de Bingen. 2

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero retomar y continuar la reflexión sobre santa Hildegarda de Bingen, importante figura femenina de la Edad Media, que se distinguió por sabiduría espiritual y santidad de vida. Las visiones místicas de Hildegarda se parecen a las de los profetas del Antiguo Testamento: expresándose con las categorías culturales y religiosas de su tiempo, interpretaba las Sagradas Escrituras a la luz de Dios, aplicándolas a las distintas circunstancias de la vida. Así, todos los que la escuchaban se sentían exhortados a practicar un estilo de vida cristiana coherente y comprometido. En una carta a san Bernardo, la mística renana confiesa: «La visión impregna todo mi ser: no veo con los ojos del cuerpo, sino que se me aparece en el espíritu de los misterios... Conozco el significado profundo de lo que está expuesto en el Salterio, en los Evangelios y en otros libros, que se me muestran en la visión. Esta arde como una llama en mi pecho y en mi alma, y me enseña a comprender profundamente el texto» (*Epistolarium pars prima* I-XC : CCCM 91).

Las visiones místicas de Hildegarda son ricas en contenidos teológicos. Hacen referencia a los principales acontecimientos de la historia de la salvación, y usan un lenguaje principalmente poético y simbólico. Por ejemplo, en su obra más famosa, titulada *Scivias*, es decir, «Conoce los caminos», resume en treinta y cinco visiones los acontecimientos de la historia de la salvación, desde la creación del mundo hasta el fin de los tiempos. Con los rasgos característicos de la sensibilidad femenina, Hildegarda, precisamente en la sección central de su obra, desarrolla el tema del matrimonio místico entre Dios y la humanidad realizado en la Encarnación. En el árbol de la cruz se llevan a cabo las nupcias del Hijo de Dios con la Iglesia, su esposa, colmada de gracias y capaz de dar a Dios nuevos hijos, en el amor del Espíritu Santo (cf. *Visio tertia*: PL 197, 453c).

Ya por estas breves alusiones vemos cómo también la teología puede recibir una contribución peculiar de las mujeres, porque son capaces de hablar de Dios y de los misterios de la fe con su peculiar inteligencia y sensibilidad. Por eso, aliento a todas aquellas que desempeñan este servicio a llevarlo a cabo con un profundo espíritu eclesial, alimentando su reflexión con la oración y mirando a la gran riqueza, todavía en parte inexplorada, de la tradición mística medieval, sobre todo a la representada por modelos luminosos, como Hildegarda de Bingen.

La mística renana también es autora de otros escritos, dos de los cuales particularmente importantes porque refieren, como el *Scivias*, sus visiones místicas: son el *Liber vitae meritorum* (Libro de los méritos de la vida) y el *Liber divinorum operum* (Libro de las obras divinas), también denominado *De operatione Dei*. En el primero se describe una única y poderosa visión de Dios que vivifica el cosmos con su fuerza y con su luz. Hildegarda subraya la profunda relación entre el hombre y Dios, y nos recuerda que toda la creación, cuyo vértice es el hombre, recibe vida de la Trinidad. El escrito se centra en la relación entre virtudes y vicios, por lo que el ser humano debe afrontar diariamente el desafío de los vicios, que lo alejan en el camino hacia Dios, y las virtudes, que lo favorecen. La invitación es a alejarse del mal para glorificar a Dios y para entrar, después de una existencia virtuosa, en una vida «toda llena de alegría». En la segunda obra, que muchos consideran su obra maestra, describe también la creación en su relación con Dios y la centralidad del hombre, manifestando un fuerte cristocentrismo de sabor bíblico-patristico. La santa, que presenta cinco visiones inspiradas en el prólogo del *Evangelio de san Juan*, refiere las palabras que el Hijo dirige al Padre: «Toda la obra que tú has querido y que me has confiado, yo la he llevado a buen fin; yo estoy en ti, y tú en mí, y somos uno» (*Pars III, Visio X: PL 197, 1025a*).

En otros escritos, por último, Hildegarda manifiesta la versatilidad de intereses y la vivacidad cultural de los monasterios femeninos de la Edad Media, contrariamente a los prejuicios que todavía pesan sobre aquella época. Hildegarda se ocupó de medicina y de ciencias naturales, así como de música, al estar dotada de talento artístico. Compuso también himnos, antífonas y cantos, recogidos bajo el título *Symphonia Harmoniae Caelestium Revelationum* (Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales), que se ejecutaban con gran alegría en sus monasterios, difundiendo un clima de serenidad, y que han llegado hasta nosotros. Para ella, toda la creación es una sinfonía del Espíritu Santo, que en sí mismo es alegría y júbilo.

La popularidad que rodeaba a Hildegarda impulsaba a muchas personas a interpellarla. Por este motivo, disponemos de numerosas cartas suyas. A ella se dirigían comunidades monásticas masculinas y femeninas, obispos y abades. Muchas respuestas siguen siendo válidas también para nosotros. Por ejemplo, a una comunidad religiosa femenina Hildegarda escribía así: «La vida espiritual debe cuidarse con gran esmero. Al inicio implica duro esfuerzo, pues exige la renuncia a los caprichos, al placer de la carne y a otras cosas semejantes. Pero si se deja fascinar por la santidad, un alma santa encontrará dulce y amoroso incluso el desprecio del mundo. Sólo es preciso prestar inteligentemente atención a que el alma no se marchite» (E. Gronau, *Hildegard. Vita di una donna profetica alle origini dell'età moderna*, Milán 1996, p. 402). Y cuando el

emperador Federico Barbarroja causó un cisma eclesial oponiendo nada menos que tres antipapas al Papa legítimo Alejandro III, Hildegarda, inspirada en sus visiones, no dudó en recordarle que también él, el emperador, estaba sujeto al juicio de Dios. Con la audacia que caracteriza a todo profeta, ella escribió al emperador estas palabras de parte de Dios: «¡Ay de esta malvada conducta de los impíos que me desprecian! ¡Escucha, oh rey, si quieres vivir! De lo contrario, mi espada te traspasará» (*ib.*, p. 412).

Con su autoridad espiritual, en los últimos años de su vida Hildegarda viajó, pese a su avanzada edad y a las condiciones difíciles de los desplazamientos, para hablar de Dios a la gente. Todos la escuchaban de buen grado, incluso cuando usaba un tono severo: la consideraban una mensajera enviada por Dios. Exhortaba sobre todo a las comunidades monásticas y al clero a una vida conforme a su vocación. En particular, Hildegarda contrastó el movimiento de los *cátaros* alemanes. Estos —cátaros literalmente significa «puros»— propugnaban una reforma radical de la Iglesia, sobre todo para combatir los abusos del clero. Ella les reprochó duramente que quisieran subvertir la naturaleza misma de la Iglesia, recordándoles que una verdadera renovación de la comunidad eclesial no se obtiene con el cambio de las estructuras, sino con un sincero espíritu de penitencia y un camino activo de conversión. Este es un mensaje que no deberíamos olvidar nunca. Invoquemos siempre al Espíritu Santo, a fin de que suscite en la Iglesia mujeres santas y valientes, como santa Hildegarda de Bingen, que, valorizando los dones recibidos de Dios, den su valiosa y peculiar contribución al crecimiento espiritual de nuestras comunidades y de la Iglesia en nuestro tiempo.

Saludos

(En español)

Saludo a los peregrinos de lengua española, en particular a los fieles de la Diócesis de Tula, en México, que están celebrando el cincuenta aniversario de la creación de esa diócesis; a los médicos y administrativos de la Arquidiócesis de Salta, en Argentina; así como a los demás fieles provenientes de España, México, Panamá, El Salvador, Honduras y otros países latinoamericanos. Invoquemos al Espíritu Santo, para que suscite siempre en la Iglesia mujeres santas que, contribuyan al crecimiento espiritual de nuestras comunidades. Muchas gracias.

(En italiano)

Me dirijo, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*, aquí presentes. Hoy celebramos la memoria litúrgica de la Natividad de la Santísima Virgen María. El concilio Vaticano II dice que María nos precede en el camino de la fe porque “creyó que se cumplirían las palabras que le fueron dichas de parte del Señor” (*Lc 1, 45*). Para vosotros, *jóvenes*, pido a la Virgen el don

de una fe cada vez más madura; para vosotros, *enfermos*, una fe cada vez más fuerte; y para vosotros, *recién casados*, una fe cada vez más profunda.

Mensaje con ocasión de su próxima visita al Reino Unido

Espero con ilusión mi [visita al Reino Unido](#) dentro de una semana y envío un saludo cordial a todo el pueblo de Gran Bretaña. Soy consciente de que los preparativos de la visita han supuesto una gran cantidad de trabajo, no sólo por parte de la comunidad católica, sino también por parte del Gobierno, de las autoridades locales de Escocia, Londres y Birmingham, de los medios de comunicación y de los servicios de seguridad; y quiero expresar mi profundo aprecio por los esfuerzos que se han realizado para garantizar que los diversos actos previstos sean celebraciones verdaderamente gozosas. Sobre todo expreso mi agradecimiento a las innumerables personas que han estado rezando por el éxito de la visita, para que Dios derrame en abundancia su gracia sobre la Iglesia y los habitantes de vuestra nación.

Para mí será una alegría especial beatificar al venerable John Henry Newman en Birmingham el domingo 19 de septiembre. Este inglés, verdaderamente grande, llevó una vida sacerdotal ejemplar y con sus numerosos escritos dio una contribución perdurable a la Iglesia y a la sociedad, tanto en su tierra natal como en muchas otras partes del mundo. Espero y rezo para que cada vez más personas se beneficien de su cordial sabiduría y se inspiren en su ejemplo de integridad y santidad de vida.

Estoy deseando encontrarme con los representantes de las distintas tradiciones religiosas y culturales que conforman la población británica, así como con los líderes civiles y políticos. Estoy muy agradecido a Su Majestad la Reina y a Su Gracia el arzobispo de Canterbury por recibirme, y espero con ilusión encontrarme con ellos. Lamentando que hay muchos lugares y personas que no tendré la oportunidad de visitar, quiero que sepáis que os recuerdo a todos en mis oraciones. Que Dios bendiga al pueblo del Reino Unido.